

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes con la colaboración de los PP. Jorge Fabio Soto Zapata (Carmelita descalzo)

Ambientación

Las parábolas que San Mateo nos trae en su evangelio, nos describen varios aspectos del Reino de los cielos que anuncia. El mensaje de todas ellas es el Reino. La palabra de este domingo nos trae tres: la de la buena semilla y la cizaña, la de la semilla de mostaza y el árbol, la de la levadura y la masa. La finalidad de estas parábolas no es exacta la misma en la descripción del Reino de los cielos, pero los aspectos que nos quieren presentar se complementan. Insisten en el carácter del proceso que presenta el reino anunciado y la plenitud que al final está asegurada.

1ª Lectura: “La paciencia de Dios” (Sabiduría 12,13.16-19)

La idea del pueblo judío es su impaciencia frente al malo y la maldad y se pregunta porque Dios no destruye los impuros y los idolatras y que quede así asegurado el éxito de Israel. El libro de la sabiduría rechaza esta posición: la fuerza de Dios es real, pero, en lugar de emplearla en destruir es tolerante y moderada. Y las razones son: Dios nos permite vencer el egoísmo y convertirnos, y el judío debe aprender a vivir con sus hermanos en respeto mutuo y tolerante.

El Espíritu Santo es por tanto el que penetra e interpreta allí donde la comprensión del hombre natural no llega. El hombre puede quedarse perplejo cuando se pregunta cómo debe dirigirse a Dios. Siente su oración como una mezcla impura de trigo y cizaña que no puede presentarse ante Dios así. Entonces el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad.

Nuestra oración a Dios no puede originarse al comparar nuestra situación respecto a otras situaciones, como puedo pensar en las maldades del otro sin pensar en las propias, menos juzgar el pecado del otro. Mas el creyente ha de hacer actuales también las palabras de misericordia para los demás: benevolencia y misericordia en los juicios. Y aun más, si cabe: compromiso con las situaciones de dolor y de castigo.

2ª Lectura: “El Espíritu nos ayuda” (Romanos 8,26-27)

El apóstol San Pablo aborda otra dificultad del cristiano: si el cristiano tiene en él el Espíritu de Dios, ¿Cómo encuentra tantas dificultades para orar? Los fariseos calmaban su inquietud ahogando su oración bajo una oleada de palabras, el cristiano es consciente de que el Espíritu está en él para conducir rectamente su vida espiritual. El que verdaderamente nos permite orar es el Espíritu en nosotros, porque Él sabe cuál es el plan de Dios. La vida espiritual no es fruto de la actividad y esfuerzo del hombre sin más, sino el desarrollo de la vida del Espíritu en cada uno de nosotros.

El Espíritu sabe cómo debe ser nuestra oración al Padre y la pronuncia en lo profundo de nuestros corazones. Por lo mismo el Padre oye, cuando escucha nuestra oración, no solamente a su propio Espíritu, sino una unidad indisoluble de nuestro corazón con él. Y de esta unidad el Padre solo oye lo que es correcto, lo que nos conviene. Y nosotros estamos presentes en ello. No es verdad que el Espíritu sea el trigo y nosotros simplemente la cizaña.

El Espíritu Santo, que es dinamismo de acción como también dinamismo de oración, es el mediador eficaz de este anuncio y testimonio cristiano, convirtiendo los dolores de parto de la creación entera, en gemidos inefables de oración.

Evangelio: “El Reino de Dios se impone” (Mateo 13,24-43)

La idea central de las parábolas de Jesús y especialmente de este evangelio, como se ha dicho en otras partes, es el carácter de proceso que posee el reino de Dios. El pensamiento de Jesús insiste en la paciencia respecto a sus enemigos los fariseos y a sus discípulos más indecisos. La inquietud por la oposición y la deserción de muchos, le hace revelar a Jesús un Dios presente que pospone el juicio para que el pecador se convierta y prohíbe a los hombres atribuirse las prerrogativas divinas al juzgar ellos mismos a los demás. Se inaugura el tiempo de un Dios paciente y el de una frágil libertad humana.

El trigo y la cizaña que crecen juntos es la mejor expresión de que la propuesta del nuevo ser humano que quiere el Señor, debe realizarse también en la realidad del mal como compañero de nuestra propia historia de salvación. En la parábola del grano de mostaza, Dios sabe valorar lo pequeño cuando quiere predominar lo grande y poderoso porque hay que estar convencidos de la predilección de Dios por lo pequeño, por lo pobre como medida propia y de su obra evangelizadora que crece y acoge.

Una Iglesia que como la levadura fermenta todo, no separada sino inmersa en todo y con todos. Por Jesús nos damos cuenta como Dios actúa por Él de una manera silenciosa pero efectiva como la levadura en la masa.

CONCLUSIÓN

El reino de Dios tolera los malvados y pecadores, pues la acción de Dios aguarda la libre decisión del hombre. La paciencia de Dios está en contraste con la impaciencia de sus servidores: es la postura de los criados, que quieren arrancar de inmediato, en contraste con la paciencia del amo que decide aguardar la maduración y el tiempo oportuno para la escogencia del grano y la quema del resto. Dios deja a los pecadores un tiempo para madurar su propia conversión.

El Señor no anuncia una comunidad de puros y santos; acepta el escándalo del malvado y limitado. Acepta una Iglesia mediocre y pecadora alejada del ideal evangélico de pureza y de santidad que la componen los hombres e inmersa en el mundo a la que le crece también la cizaña juntamente con el grano bueno. Unos quisieran la expulsión o excomunión por la dureza de nuestros corazones, pero no olvidemos que la dulzura es la plenitud de la fuerza.

Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, todo el tiempo es tiempo de gracia, de salvación, de paciencia de un Dios que más que misericordia nos mostró el gran amor que nos tiene en la dulzura de su Hijo Jesús.